

CAPITULO CXXXIII.

Conquista de Velez y de Málaga.— El Zagal es arrojado de Granada.— Tentativa de asesinato en la persona de los reyes católicos.— Isabel y Fernando van á Aragon.— Cortes en Zaragoza.— Empréndese la conquista de Baza.

Gonzalo de Córdoba, alcaide de Illora, Martin Alarcon y otros varios alcaides de las fortalezas últimamente ganadas á los moros, prosiguiendo diestramente aquella política que tan buenos resultados les estaba dando, pusieron al lado de Boabdil al objeto de igualar sus fuerzas con las del Zagal, y por espacio de muchos meses prosiguió la encarnizada y sangrienta lucha en las calles y plazas de la capital.

Por fin las gestiones de varios ancianos alfaquies pudieron conseguir que se tratara de llegar á una avenencia, pero los cristianos atizaron de nuevo la discordia entre los bandos, retirándose en seguida y dejándoles que prosiguieran su obra de exterminio y destrucción.

En 7 de abril de 1487, el rey Fernando al frente de un formidable ejército en el cual iban los mas nobles, esforzados y entendidos capitanes, contándose entre ellos al célebre ingeniero, Francisco Ramirez de Madrid, jefe superior de la artillería, dirigióse contra Velez-Málaga, poblacion importantísima situada á orillas del mar, y cuya posición era verdaderamente inapreciable puesto que era la llave de las comunicaciones entre Málaga y Granada, llave que le importaba mucho poseer.

Grandes penalidades hubo de sufrir el ejército cristiano hasta conseguir acampar delante de Velez, pero sin desanimarse un momento, sufriendo resignadamente las inclemencias del tiempo y los demás peligros que les cercaban, consiguieron verse, como ya hemos indicado, ante los muros de la ciudad apetecida, que fue mucho conseguir por los graves obstáculos que hubieron de vencer.

Durante este sitio, expidió Fernando unas ordenanzas rigorosísimas, prohibiendo bajo las penas mas severas, las riñas, las blasfemias y los juegos de azar, estableciendo por medio de ellas una disciplina tan inflexible como necesaria.

Abul Cazim Venegas, alcaide de la ciudad, confiado en que la artillería gruesa no podía llegar por el estado de los caminos, y en el socorro que esperaba recibir del Zagal, negóse á aceptar la capitulación que se le ofrecía.

Efectivamente, el Zagal, á pesar de temer que de su ausencia se aprovechara Boabdil para erigirse en señor de la ciudad, salió de Granada en auxilio de los de Velez, pero lo hizo con tan mala suerte, que su hueste quedó derrotada por el marqués de Cádiz, el conde de Cabra y otros ilustres caudillos, y cuando llegó á Granada vió realizado su presentimiento puesto que Boabdil imperaba en la ciudad.

Privados los de Velez del auxilio en que confiaban, no tuvieron otro remedio que rendirse siguiendo á este acontecimiento el de otras villas y fortalezas de la Alpujarra.

El Zagal sin entrar en Granada, dirigióse por la Alpujarra á Guadix, que lo mismo que Baza y Almería le obedecían todavía, mientras el ejército cristiano, alentado con el éxito que obtuviera en Velez, proseguía su marcha hacia Málaga, ciudad opulenta y eminentemente comercial, cuya posesión seducía hacia mucho tiempo al rey Fernando.

Bien hubiera querido este ganarla por medio de tratos y negociaciones en vez de tener que emplear contra ella el rigor de las armas, pero cuando había conseguido ponerse de acuerdo con Ali Dordux, opulento comerciante de la ciudad, y con el alcaide de la Alcazaba para obtener la entrega de la ciudad, Hamet el Zegri, alcaide de Málaga, llegó á tener conocimiento de ello, y mandando degollar á cuantos tomaron parte en las negociaciones, mostróse resuelto á sucumbir antes que rendirse.

En virtud de esto, rompiéronse las hostilidades, no sin que antes hubieran mediado embajadas por parte del monarca al feroz alcaide musulmán, que fueron rechazadas con altivez.

Establecido en toda regla el cerco de Málaga, colocadas las lombardas en lugares oportunos para combatir con ventaja la población, construidos los parapetos y dispuestas las fraguas y talleres necesarios, comenzó el ataque dándose dos asaltos, cuyos resultados fueron desfavorables á los cristianos.

El desaliento comenzó á cundir entre ellos, esparciéronse siniestras voces, las penalidades y trabajos en el campo cristiano fueron aumentando, faltó el ánimo á algunos soldados que se fueron con los sitiados, los cuales exageraron el aflictivo estado de los cristianos, infundiéndoles nuevos bríos para que redoblaran sus ataques como así lo hicieron, pensando vencerles.

La presencia de Isabel I en el campamento alentó de una manera poderosa á los sitiadores, y Fernando ordenó preparar las lombardas mas gruesas haciendo proposiciones antes de que empezaran á jugar contra la plaza, para la rendición de esta, al objeto de evitar su total destrucción.

Pero el inflexible Hamet los rechazó de nuevo, y á todos los individuos de una comision de comerciantes y propietarios de Málaga que fueron á hablarle en sentido de paz, los hizo degollar sin piedad alguna, al objeto de que escarmentasen en su ejemplo, los demás.

El Zagal envió desde Guadix á los malagueños un cuerpo de caballería, pero Boabdil, noticioso de aquella marcha, preparó una emboscada y le deshizo, sirviendo de esta manera los intereses de

los cristianos en virtud de un odio personal tan estúpido como vergonzoso.

Máquinas para aporillar los muros y para escalar, llegaban de todas partes al campamento de los reyes, y de tal manera apretóse el cerco, que el hambre con todos sus horrores comenzó á sentirse en la ciudad.

Por este tiempo, un santón moro, llamado Abraham el Fehri, fingiose mandado por Dios para librar á Málaga, y en su consecuencia hizo de manera que fuese preso por los soldados cristianos que le condujeron al pabellon real, al objeto de presentarle al rey.

A la sazón estaba descansando este, y se le condujo á la tienda inmediata, donde la marquesa de Moya D.^a Beatriz de Bobadilla, estaba jugando á las damas con D. Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza.

Ofuscado el moro, tanto por la riqueza de la tienda cuanto por el lujo de los personajes que en ella había, tomóse por los reyes, y aprovechándose de su descuido, sacó un cuchillo con el que causó una herida en la cabeza al príncipe de Portugal, y dirigiéndose inmediatamente sobre la marquesa, aterrada esta, hubiéralo pasado muy mal, á no embotarse la terrible arma en los ricos bordados de su vestido.

Acudieron á sus gritos soldados y caballeros quedando muerto instantáneamente el asesino, y su cuerpo fue lanzado dentro de la plaza por uno de aquellos ingenios ó máquinas de batir, vengándose los malagueños de esto, matando á un hidalgo gallego y atando su cadáver á un pollino que dirigieron hácia el campamento castellano.

Con motivo de aquel acontecimiento y para evitar en lo sucesivo tentativas de esta especie, creóse una guardia de doscientos hidalgos de Castilla y otros tantos de Aragon, que constantemente velaran por la existencia de los reyes.

Hamet el Zegri, en proporción que los cristianos aumentaban los recursos que estaban poniendo en juego para combatir la plaza acrecia en bríos, y aun cuando nuevas comisiones de pacíficos y honrados vecinos afligidos por los males que pesaban sobre la ciudad, se presentaron á él, si no se mostró tan cruel como la vez anterior, manifestó su resolución de defenderse, y haciendo una nueva salida sus soldados bajo las órdenes de Ibrahim Zenete y un alfaquí de gran crédito entre los musulmanes, aun cuando al principio tuvieron algunas ventajas, fueron rechazados, viéndose obligado Hamet á refugiarse en el castillo de Gibralfaro, dejando abandonada la población.

Esta, apenas se vió libre de aquel, entró en negociaciones con los reyes, rindiéndose finalmente á discreción, haciendo su entrada los monarcas el 20 de agosto, erigiendo á Málaga en episcopado nombrando por primer prelado á D. Pedro de Toledo, canónigo de Sevilla.

Hamet el Zegri, trató de sostenerse todavía en su castillo de Gibralfaro, pero un hijo de Ali Dordux aquel que al principio del cerco tan buenos servicios trató de prestar y que tanto contribuyera para la entrega de la ciudad, aprisionóle, haciéndole conducir cargado de cadenas á la fortaleza de Carmona.

Con este hecho de armas terminó aquella campaña, quedando el territorio granadino dividido en tres porciones, de las cuales, la occidental ó sea desde Illora y Moclin hasta Velez, poseíanla los reyes de Castilla; el territorio comprendido entre Almería, Baza, Guadix y la Alpujarra hasta Almuñecar, obedecía al Zagal; y Granada, á Boabdil.

Desde Málaga pasaron los reyes Fernando é Isabel á Córdoba, y desde allí fueron á Aragon con objeto de que fuese reconocido como heredero de la corona el príncipe D. Juan que tenía diez años á la sazón y corregir los desórdenes y abusos introducidos durante su ausencia.

Reunidas las cortes aragonesas, votaron un subsidio para sostener la guerra de Granada, y establecida en Aragon la Santa Hermandad á semejanza de Castilla, marcharon despues á Valencia en el año 1488, donde tambien celebraron cortes, dictando aquellas saludables y enérgicas providencias que tan notables resultados daban por doquiera.

Dejando para ocuparnos en otros capítulos de la embajada del rey de Francia y de la entrevista que tuvieron con el señor de Albret, referente al reino de Navarra, dirémos que los monarcas se dirigieron á Murcia á fin de preparar la conquista del reino granadino por aquella parte.

En mayo de 1489 púsose el ejército cristiano ante los muros de Baza, importante ciudad situada en una magnífica posición para su defensa.

Apoderáronse primeramente de varias fortalezas, pero Cid Yahya, que era el caudillo que mandaba en Baza, despues de haber recogido en la población cuantos víveres había en la comarca, merced á lo cual pudo defenderse algun tiempo, sin que le infundieran pavor los aprestos de los cristianos, toda vez que se sentía con ánimos para sostenerse, sin vacilar un momento, preparó sus huestes para resistir denodadamente á los cristianos.



ISABEL I, LA CATÓLICA.

CAPITULO CXXXIV.

Rendición de Baza.—Abdallah el Zagal.—Toma de Almería.—Penetra el ejército cristiano en la vega de Granada.—Hazañas de Hernan Perez del Pulgar, Gonzalo de Córdoba y el conde de Tendilla.—Establécese el cerco de Granada.—Batalla de la Zubia.—Incendio del campamento y origen de la ciudad de Santa Fé.—Insurrección en Granada.—Su rendición.

El rey D. Fernando asentó su campo en el sitio mas conveniente, ordenando al maestre de Santiago que avanzase con la caballería, y á pesar de la emboscada que diestramente habia preparado Yahia, emboscada que puso en un grave conflicto á los soldados cristianos, viéronse obligados por fin los de Baza á replegarse en la ciudad, dejando toda la gloria del triunfo á sus adversarios.

Terrible fue aquella batalla, y el cronista Pulgar, testigo presencial de ella, la considera como una de las mas importantes (1), pudiéndose juzgar por este preliminar, por decirlo así, los trabajos y penalidades que aguardaban á los cristianos en aquel cerco.

Tratóse en consejo de proseguir ó levantar el sitio, siendo de opinión los mas de los capitanes que se optara por lo último, pero consultada la opinion de la reina que se hallaba en Jaen, contestó que debia proseguirse sin descanso, sufriendo resignadamente todos los contratiempos, prometiendo que nada faltaria al ejército, tanto en víveres como en dinero.

Con esta respuesta tomáronse medidas para obtener un resultado satisfactorio, acordándose dividir el ejército en dos cuerpos á las órdenes del marqués de Cádiz el uno, y el otro á las del Rey, y para comunicarse entre sí desde las posiciones que ocuparon, fue necesario hacer una tala general en la huerta, operacion que duró cerca de siete semanas á pesar de ocuparse en ella cuatro mil taladores, pues tal era la obstinacion con que defendian el terreno los musulmanes.

Impaciente el valeroso Hernan Perez del Pulgar ante la lentitud con que marchaba el sitio, reunido con otros jóvenes atrevidos como él, allegaron hasta doscientos ginetes y trescientos peones, y propusieron al monarca hacer una tala por la parte de Guadix.

Dióles licencia Fernando y su escursión produjoles un riquísimo botín, y cuando despues de haber apresado ganados y labradores, de haber incendiado granjas y alquerías, regresaban triunfantes hácia el campo, saliéron al encuentro un numeroso cuerpo de tropas musulmanas que contra ellos enviara el Zagal, mandado por los once alcaides de los castillos del Zenete.

La mayor parte de los caballeros cristianos dispusieron á abandonar el botín, confiando su salvacion en la huida, pero Hernan Perez, cogiendo una toca de lienzo y atándola á la punta de su lanza exclamó: «Señores, para qué tomamos armas en nuestras manos si pensamos escapar con los piés desarmados?... Hoy veremos quién es el home esforzado é quién es el cobarde: el que quisiere pelear con los moros no les fallará bandera si quisiere seguir esta toca.» Y diciendo, y haciendo, arremetió furiosamente contra los infieles siguiéndole sus compañeros, y arrollando á la enemiga hueste, obligóla á huir hácia Guadix dejando cuatrocientos muertos en el campo.

Al conocer Fernando este hecho, armó caballero á Hernan Perez del Pulgar (2).

Mientras tanto ni el Zagal cesaba de enviar refuerzos á los de Baza, ni Cid Yahia de molestar á sus contrarios con repetidos ataques y rebatos.

Pero los cristianos impedían que los primeros llegaran á su destino, y sabían rechazar heroicamente los segundos.

Por este tiempo, presentáronse al Rey, en Baza, y á la reina, en Jaen, dos religiosos que venían de Palestina como embajadores del Gran Turco, el cual les mandaba á decir que veía con disgusto la guerra que estaban haciendo á los moros, y que si no la suspendían, perseguiría á los cristianos que habia en sus dominios, destruyendo los templos que habia en la Tierra Santa.

Ambos monarcas expusieron al Gran Turco lo justo de la guerra que estaban haciendo, puesto que injustamente los moros se habian apoderado de su territorio algunos siglos antes, y que ellos estaban en su derecho de obrar cual lo hacían, y que si él guardaba consideraciones á los cristianos de sus dominios, ellos tambien las guardarían con los moros que se les sometieran.

Si pruebas de desprendimiento daba la reina de Castilla y sus damas vendiendo ó empeñando sus joyas para que no faltasen víveres ni municiones en el campo cristiano, no menores las daban las doncellas musulmanas que tambien se deshacían de las suyas á fin de alcanzar recursos para sostenerse.

Confían en que las lluvias, torrenciales en aquellos lugares, harian desistir á los cristianos, mas con tanto asombro como decaimiento vieron que estos sustituían sus tiendas de campaña por chozas fabricadas de madera, demostrando con esto su inquebrantable resolución.

Sin embargo la penuria en el campo cristiano era grande. La humedad del suelo desarrollaba las enfermedades, y lo intransitable de los caminos impedía la llegada de los convoyes.

En estas circunstancias, reuniendo cuantos recursos pudo, afrontando todos los peligros, y haciéndose superior á todas las molestias, presentóse la reina seguida de sus damas en el campamento de Baza el 7 de noviembre, y desde aquel momento puede decirse que se suspendieron las hostilidades, renaciendo la esperanza en todos los corazones.

(1) Cron. P. III. C. 106.

(2) En el escudo de armas que los reyes le concedieron veíase un león de oro en campo azul, abrazando con su rarpa, una lanza en cuya extremidad se ve una loca; en la orla están los once alcaides vencidos, y el lema es la siguiente máxima de un filósofo griego: *Tal debe el hombre ser como quiere parecer.*

Entendiéronse los cristianos con los musulmanes, y en virtud de una capitulacion honrosísima, el día 4 de diciembre hicieron los reyes católicos su entrada en Baza.

Cid Yahia fue estremadamente distinguido por la reina, que tan mágico influjo llegó á adquirir en su ánimo, que mas tarde abjuró el islamismo, enlazándose con D.^a Maria de Mendoza, dama favorita de Isabel.

A la rendición de Baza, siguió la de las fortalezas vecinas, y bien pronto el Zagal, merced á las reflexiones que le hizo su primo Cid Yahia, entró en tratos con los reyes para la rendición de Almería y Guadix, la cual se verificó en términos iguales á los de Baza, en el espacio de veinte dias.

El día 23 de diciembre, hizo el Rey con gran pompa su entrada en Almería, y poco despues la hicieron la reina y la infanta Isabel, seguidas de un brillante cortejo, en el que confraternizaban amigablemente los caballeros cristianos con los árabes.

Merced á estas conquistas pudieron los reyes dirigir todos sus esfuerzos sobre Granada.

Una de las condiciones con que Boabdil obtuvo en rescate cuando quedó prisionero en el cerco de Loja, fue, que tomada Guadix por las armas cristianas, abdicaria, entregando Granada al rey Fernando. El conde de Tendilla en nombre de este, exigió el cumplimiento de aquella estipulacion, pero Boabdil la eludió por el espíritu de hostilidad de su pueblo contra los cristianos, espíritu en aquellos momentos doblemente temible, por los millares de refugiados que acudieron á Granada.

En Sevilla recibieron los monarcas esta respuesta, é inmediatamente pusieron en noticia de los granadinos la condicion de Loja, lo que provocó un tumulto en Granada, del cual no tuvo otro remedio que salir la declaración de guerra hecha por Boabdil.

Comenzaron las algaras de los moros por las fronteras castellanas, y el Rey, reuniendo su hueste, penetró en las llanuras granadinas, y ante los muros de la ciudad armó caballero, á su hijo el príncipe D. Juan, que contaba doce años á la sazón.

No podemos relatar las hazañas llevadas á cabo por varios de los caballeros durante aquel obstinado cerco porque fuera harlo prolija su relacion, teniendo en cuenta que bajo las banderas de Fernando é Isabel habian acudido á pelear, no solamente los mas esforzados caballeros de Aragon y de Castilla si que tambien multitud de esforzados paladines extranjeros. Entre los nobles hechos realizados en aquellos dias, nos concretaremos á mencionar el del conde de Tendilla, que apoderado de una sobrina del alcaide Aben Comixa que se iba á depositar con el alcaide de Tetuan, al recibir mensajeros de su tío y del mismo Boabdil, ofreciéndole por su rescate hasta cien cautivos de los que tenia en Granada, condujola hasta las puertas de la ciudad haciéndola algunos regalos, á cuyo acto correspondió Boabdil, dando libertad á veinte sacerdotes cristianos y ciento treinta hidalgos castellanos y aragoneses.

Tambien Hernan Perez del Pulgar realizó otra hazaña, que fue la de penetrar una noche en Granada seguido de algunos compañeros, clavando con su puñal un pergamino en que se leía el lema cristiano, Ave María, y cuando iba á realizar su intento de prender fuego á la ciudad por la Alcaicería, fue sorprendido por una ronda, consiguiendo escapar despues de grandes peligros.

En la primavera de 1491 estrechóse el cerco extraordinariamente, viéndose la reina un dia, que queriendo distinguir de mas cerca las fortificaciones de Granada, se habia dirigido á la Zubia acompañada por el Rey y otros principales caballeros, en grave riesgo, por el inesperado ataque del enemigo que fue rechazado finalmente por los valerosos caballeros.

En la noche del 14 de julio prendióse fuego casualmente al campamento, pero inmediatamente y en el espacio de ochenta dias apareció en el lugar que ocupaba, una ciudad donde se albergaba el ejército cristiano, y á la cual se puso el nombre de Santa Fé.

Abatiéronse los moros extraordinariamente, mas ante las enérgicas frases de Muza que era uno de sus mas valerosos caudillos, rehiciéronse algun tanto, y estimulados por la propia desesperacion, hicieron una salida con ánimo de apoderarse de Santa Fé.

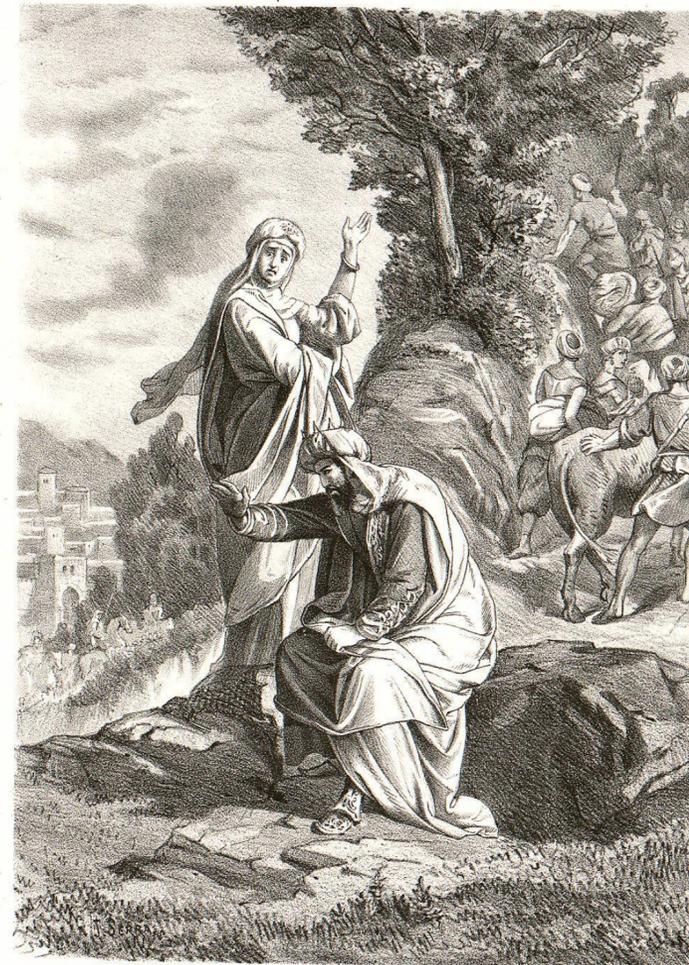
Mas los cristianos estaban atentos siempre, y no solamente fue infructuoso aquel ataque, si no que perdieron los granadinos toda su artillería de campaña, dejando tambien en poder de sus contrarios gran número de prisioneros.

La consternacion mas grande se apoderó de los musulmanes, y como los cristianos redoblaron con mas fuerza sus ataques, Boabdil reunió su consejo y consultólo lo que debia hacer.

Optóse por la capitulacion para la cual se arregló una tregua de setenta dias, llevándose estos tratos sumamente secretos á fin de no irritar al pueblo.

Sin embargo, llegó el momento en que este lo supo, hubo nuevas conmociones á consecuencia de ello, y se hizo necesario adelantarse la entrega de la ciudad.

El día 2 de enero de 1492 fue elegido para este acto, y en él, quitándose la corte el luto que llevaba por la muerte del príncipe de Portugal, verno de los reyes, vistióse sus mejores galas para tomar posesion del último baluarte del islamismo.



EL SUSPIRO DEL MORO.